

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Repositorio Institucional del ITESO

rei.iteso.mx

Publicaciones ITESO

PI - Revista Renglonos

1995-08

Una biblioteca para almas en pena

Sánchez-Gómez, Rodolfo

Sánchez-Gómez, R. (1995). "Una biblioteca para almas en pena". En Renglonos, revista del ITESO, núm.32. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/1661>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

Una biblioteca para almas en pena

Rodolfo Sánchez Gómez*



LEHR, Thomas. *Die Bibliothek der Gnade*, Rütten & Loening, Berlín, 1993.

Durante cientos de años, el circuito editorial se ha compuesto, más o menos, de los siguientes personajes: autores, agentes, editores, impresores, distribuidores, libreros y lectores. Por sus manos y ante sus ojos circula un objeto llamado "la obra".

El autor —que por equis, i griega o zeta razones compone una obra sobre alfa, beta o gama asunto— necesita, en la mayoría de los casos, la paternal figura de un editor que conozca bien su oficio para que el producto intelectual de aquél se vea materializado en un libro que pueda recorrer de la manera más simplificada posible el laberinto que termina en las manos, los ojos y la voluntad de leer de un hipotético lector. Y aunque en el circuito editorial el editor aparece como uno solo de los personajes, tiene mucho más poder del que aparenta, ya que no sólo decide de quién y cuándo publica qué, sino que además escoge a sus impresores, distribuidores y libreros, pensando en el idílico lector al que desea hacer llegar la obra; todo como parte de un complicado guiso llamado, en la jerga de su oficio, "la fórmula editorial".

Así, entre el autor y el lector se interpone un personaje que muchas veces facilita el flujo de la información, pero otras muchas lo dificulta.

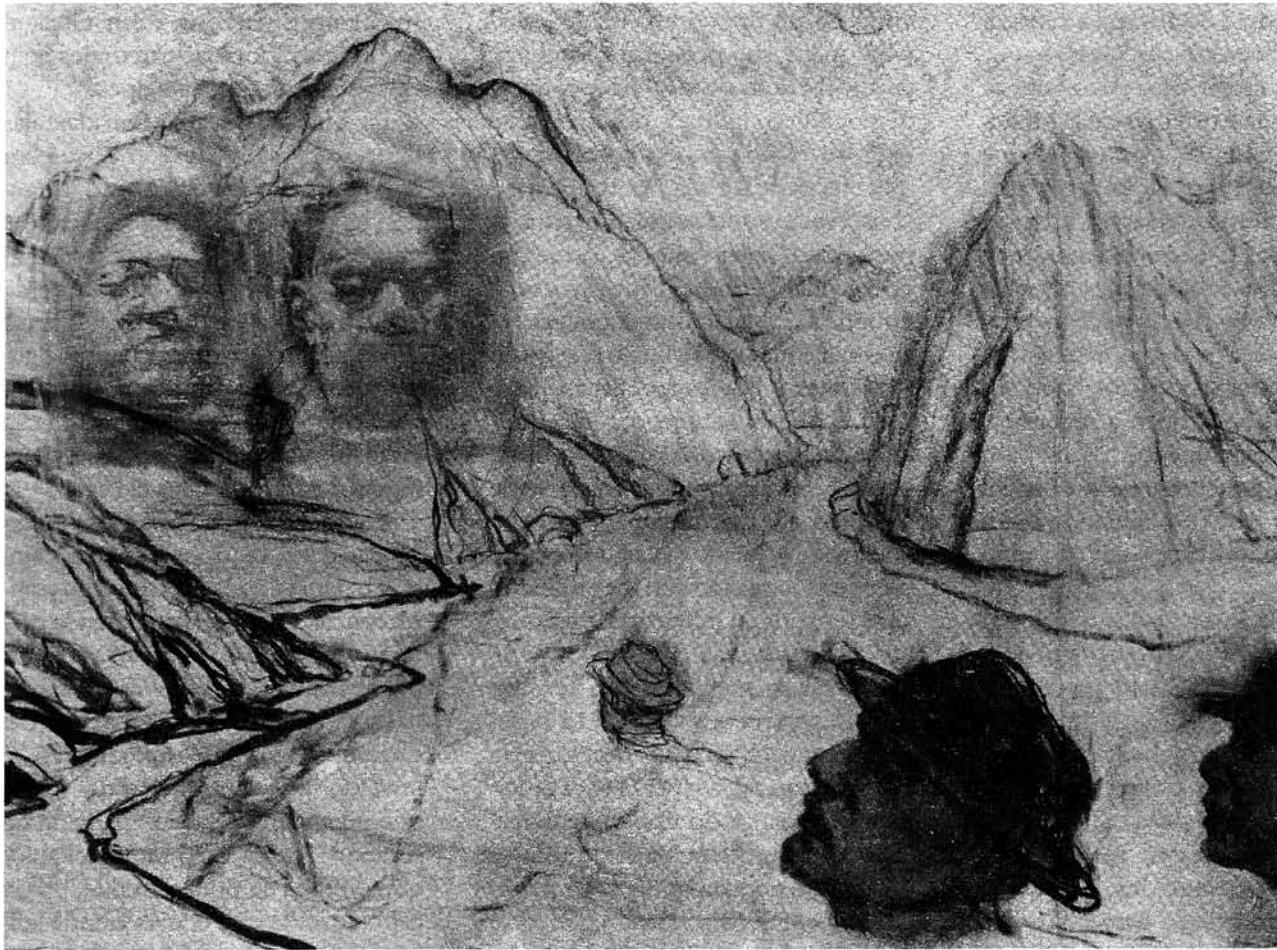
El editor también hace muchas veces legible y comercializable la obra: su labor, como en la lapidaria,

consiste en pulir lo que presume que puede tener valor.

Pero ¿qué sucedería si el lector pudiera entrar en contacto con la obra del autor de manera directa, sin intermediaciones, asumiendo, desde luego, todos los riesgos que ello implica? A esta posibilidad se le puede dar también otro giro: ¿qué sucedería si el autor pudiera contar con una vía alternativa que le permitiera dar a conocer su obra sin necesidad de pasar por el suplicio de hacer eternas antecámaras, dar innumerables vueltas, echar multitud de telefonazos y esperar angustiosamente, durante largo tiempo, el resultado de un veredicto a su obra?

Thomas Lehr, en el último capítulo de su primera novela (*Die Bibliothek der Gnade*, Rütten & Loening, Berlín, 1993), ubicándose más allá del año 2027, describe una peculiar biblioteca cuya misión fue archivar y poner a disposición de quien quisiera leerlos, textos que no habían dado con el dictamen favorable de algún editor. Trabajos de todo tipo y extensión fueron bien recibidos; la biblioteca no hacía ninguna distinción: diarios, enciclopedias, colecciones de aforismos, panfletos, novelas. Todo lo que tuviera forma escrita y se hubiera enfrentado a la humillación de un editor encontró aquí su lugar y su señal. Más tarde también serían admitidos escritos de otras clases, como cartas de amor, fragmentos de textos e incluso frases sueltas, si éstas representaban algo para su autor.

Fue fundada, según el relato, algún día de noviembre del año de



1997. El nombre de su fundador-benefactor nunca sería conocido, y las razones que tuvo para poner su incalculable fortuna al servicio de los "no afamados" quedarían a la deriva en los mares de la especulación. Posiblemente, el proyecto debería acabar con la arrogancia de los editores y sus esbirros, quienes tradicionalmente sólo habían visto la posibilidad de hacer negocio con las obras de los autores. En cambio, en esta biblioteca, toda obra era recibida y administrada con gusto, sin que mediara un interés económico.

A través de un sofisticado sistema de computación, el autor o cualquier otra persona interesada en ella, podía tener acceso a la obra cuando quisiera, e incluso obtener una copia impresa gratis. En un principio, 200 empleados altamente calificados estaban al servicio de la biblioteca y los usuarios las 24 horas del día. Pasado

un año de su fundación, la biblioteca había recibido 241,567 manuscritos; la segunda memoria de la humanidad, el lado oscuro, comenzaba a ser una realidad. Veinte años después la biblioteca tendría bajo su custodia 143 millones de piezas de escritura.

Esto último tal vez no tendría que asombrarnos demasiado, ya que en la actualidad, mediante Internet, casi cualquier hijo de vecino puede "poner en circulación" un texto.

El nombre oficial de la biblioteca tenía forma de acrónimo, pero en los tiempos de la fundación algún autor agradecido había escrito con *spray*, en algún muro cercano a la entrada principal, La biblioteca de la misericordia, y este nombre pronto sustituyó al oficial.

Siempre que se presentaron problemas financieros, éstos fueron resueltos por el desconocido mecenas.

Así, la biblioteca pronto fue ampliada, y sus servicios pudieron ser utilizados en todo el mundo a través de una extensa red de cómputo. La puerta por la que eran admitidos los originales no aceptados por las editoriales era cada día más ancha.

Aunque el desconocido patrocinador nunca lo exigió, fue necesario crear ciertas reglas de funcionamiento. Se tuvieron que hacer clasificaciones especiales para las obras que habían encontrado su camino a la comercialización. Lo mismo sucedió con aquellas obras que representaban algún problema ante la opinión pública a causa de sus contenidos violentos, sexistas, pornográficos, racistas, etcétera. En el caso de estas últimas, cada obra iba acompañada de una lista de todas las personas e instituciones que hipotéticamente se podrían oponer a su circulación, y esto ayudaba al lector a

tomar su propia decisión. La censura no tenía cabida en este lugar.

Y si bien al inicio las editoriales se opusieron a la existencia de la biblioteca debido a la baja de ventas que sufrieron sus empresas, en algún momento también comenzaron a enviar a sus lectores a hacer pesquisas en las terminales de cómputo. Algunos autores, al darse cuenta de la presencia de empleados de las editoriales, buscaron llamar la atención hacia sus obras, llegando incluso a recurrir al soborno. Desde luego, los mejores títulos eran aquéllos que provenían de autores que no tenían ningún interés económico por verlos publicados.

Según los investigadores culturales, el hecho de que la gente tuviera acceso gratuito a lecturas mediocres benefició finalmente la calidad de los fondos editoriales del sector comercial, el cual llegó a coexistir pacíficamente con la biblioteca.

Sobre esto último, sería bueno preguntarse si entre los tantos supuestos factores que hacen que los lectores sean cada día menos no estará también la existencia de tanto chasco editorial.

Al dar empleo y comprar productos y servicios, la biblioteca se con-

virtió en un apoyo económico vital para miles de personas. También, desde el punto de vista terapéutico y demográfico influyó positivamente en la sociedad, ya que la certeza de que una parte de ella misma iba a ser conservada adecuadamente para la posteridad hacía que la gente no sintiera la necesidad de procrear. Equivalía al embalsamamiento, el cual ya no era un privilegio reservado a faraones o líderes socialistas.

El 9 de noviembre del año 2027 todas las obras comenzaron a desaparecer de la memoria del sistema de cómputo sin que nadie supiera por qué ni lo pudiera evitar. Más tarde sucedería lo mismo con los originales almacenados en infinidad de estanterías. Un *¡plop!* tras otro, millones de veces, era la manifestación acústica de la desgracia que ocurría. La historia fue colectiva. Fue necesaria la intervención de las fuerzas del orden para controlar todo tipo de manifestaciones de protesta, tanto de autores como de personas que vieron perdidos sus empleos.

Mucha tinta corrió tratando de encontrar una explicación al lamentable hecho. Las evidentes causas sobrenaturales de la desaparición de las obras hicieron que se desechara la sospecha sobre el sector comercial de la edición. Ninguna de las comisiones investigadoras logró arrojar luz sobre el misterio.

Después de algunos meses el negocio editorial logró florecer en su forma tradicional. Todo el personal que había trabajado en las terminales de la biblioteca fue reducido nuevamente a la cantidad absolutamente necesaria.

El sistema de cómputo de la biblioteca fue adquirido por una institución bancaria internacional y los edificios de las sucursales se convirtieron en videoclubes y verdulerías.

Sólo el imponente edificio de la Central, llamada también Mater librería, fue conservado como centro de congresos y exposiciones, gracias a una cierta veneración por los glorio-

sos tiempos pasados, misma actitud que ha salvado a las catedrales góticas y a las pirámides egipcias.

En una de las abandonadas alas de ese edificio arde aún el cerebro del ordenador paralelo, el cual alguna vez abasteció de información al mundo. Cerca de él se encuentra un solitario estante. La escena recuerda una capilla o el incomprensible ritual de una cultura exótica, cuando algunas veces al día un joven, un niño, un anciano o una vieja madrecita entra al polvoriento salón con un legajo de papeles bajo el brazo.

Entonces, el último robot-mono se descuelga de un rechinante alambre, balanceándose en señal de complacencia. Con bien programada precaución, su garra toma de las manos del solicitante la obra y la transporta hacia arriba, a un lugar específico del estante. Después de un momento, el invitado puede escuchar un *¡plop!* que acompaña a la desaparición de su texto. Así, el viejo ritual del autor que ofrenda su obra se repite, con la esperanza de que el más grande editor se apiade de ella.

El relato de Thomas Lehr se mueve entre la ciencia ficción y la metafísica, pero nos hace reflexionar acerca de la función que cumple el editor en el circuito de comunicación editorial del mundo verdadero. Su historia señala que el sentido y la razón de la desaparición de la biblioteca no encuentran ninguna explicación, pero el ocaso de este proyecto representaría —para quienes se ocuparan en la posteridad de su investigación— el origen de cualquier reflexión al respecto. La teoría afirma que el fatídico final de la biblioteca fue, desde un principio, previsto por su mecenas. El fascinante final deja entrever la intención de un acto purificador, del que finalmente saldría beneficiada la literatura. Pero por otro lado muestra una especie de chiste cruel relacionado con la incertidumbre del autor al ver desaparecer su obra en espera de un dictamen favorable que tal vez nunca llegará. ◆

